

Soledad Arienza

Suturar la herida del exilio: mapas porteños
en *Memoria de la melancolía*, de María Teresa León
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. CI-2, 2025, 171-195
<https://doi.org/10.55422/bbmp.1075>

SUTURAR LA HERIDA DEL EXILIO: MAPAS PORTEÑOS EN *MEMORIA DE LA MELANCOLÍA*, DE MARÍA TERESA LEÓN

Soledad ARIENZA

Universidad de Buenos Aires

ORCID: 0000-0001-7921-4316

Resumen:

En *Memoria de la melancolía* (1970) de María Teresa León, la ciudad de Buenos Aires ocupa un lugar importante por ser uno de los destinos en los que la autora transcurrió su exilio. Teniendo en cuenta la posición desde la cual construye su enunciación –escritora exiliada–, se explora cómo el texto de León hilvana cartografías urbanas afectivas que dan cuenta del proceso de adaptación y permanencia en la nueva ciudad. A partir del análisis textual de pasajes en los que León reconstruye específicamente sus recuerdos porteños, se indaga en cómo el trazado de cartografías constituye un procedimiento para suturar la subjetividad desgarrada por la experiencia del exilio.

Palabras clave:

María Teresa León, Buenos Aires, cartografías urbanas

Abstract:

In *Memoria de la melancolía* (1970) by María Teresa León, Buenos Aires plays an important part since it is one of the cities in which the author lived her exile. Taking into account the position from which the author constructs her enunciation –an exiled writer– we

explore how León's text weaves together affective urban cartographies that account for the process of adaptation and permanence in the new city. Based on the textual analysis of passages in which León specifically reconstructs her memories of Buenos Aires, we investigate how the drawing of cartographies constitutes a procedure for suturing the subjectivity torn apart by the experience of exile.

Key Words

María Teresa León- Buenos Aires- urban cartographies

La vida de María Teresa León (1903-1988) está atravesada por la experiencia del exilio. Tres son los destinos que acogen a la autora en distintos períodos: París, Buenos Aires y Roma. Las particularidades de cada uno de estos lapsos vividos fuera de España están narradas, en mayor o menor medida, en *Memoria de la melancolía* (1970). En esta oportunidad, se busca iluminar de modo particular el período transcurrido en la capital argentina para indagar de qué modo la ciudad de Buenos Aires es representada en el texto. Se sostiene que, en sus memorias, la ciudad de Buenos Aires se configura mediante el trazado de cartografías urbanas afectivas que devienen mapas que recomponen la subjetividad desgarrada por el exilio. Estas representaciones afectuosas testimonian el camino interno que la autora transita para arraigarse en el nuevo lugar y proyectar futuros posibles. Asimismo, aquellas guían el andar de la memoria al recordar los años en Buenos Aires y se postulan como anclajes subjetivos mediante los cuales la escritora tramita su duro pasado. En esta ocasión, se examinarán las cartografías urbanas afectivas externas, es decir, aquellas que se trazan en lugares públicos y externos de la ciudad¹. La lectura propuesta se enmarca y se nutre, principalmente, de dos enfoques:

¹ Este artículo es producto de una investigación más amplia en torno a las representaciones de Buenos Aires en el texto de León. Así como en este caso la lectura realizada se centra en las cartografías urbanas afectivas externas, otro estudio actualmente en prensa («Buenos Aires, un refugio: cartografías del hogar y de la amistad en Memoria de la melancolía de María Teresa León», Editorial Dykinson) contempla el análisis de cartografías afectivas íntimas, las cuales se trazan a partir de los hogares y las amistades de la autora.

la geocrítica y la teoría de los afectos. Dichas perspectivas permiten asimismo examinar el eje escogido en relación con la teoría feminista y los estudios del exilio.

Un lugar llamado exilio

La bibliografía escrita en torno a la obra de León es vasta, sin embargo esto contrasta con la acogida y la recepción crítica que las memorias de la autora tuvieron en el momento de su publicación. Candorcio Rodríguez (2023) repara en cómo «las voces de los exiliados suelen carecer de repercusión en sus países de origen por motivos de censura en un primer momento, y de nulo interés por recuperar las voces de un pasado conflictivo más adelante» (Candorcio Rodríguez, 2023, 136). La autora señala que esta situación es incluso más acuciante en el caso de escritoras mujeres, quienes «quedan con más facilidad acalladas, especialmente si su escritura coincide en el tiempo con la de hombres de alta talla o reconocimiento» (2023: 136). Cabe destacar que esto último es lo que le sucede a María Teresa León en tanto compañera de Rafael Alberti, situación que también analiza Sánchez (2019, 53-54).

En los últimos tiempos, entonces, la crítica literaria sí ha reparado en la obra de María Teresa León. Si bien las distintas propuestas tienen en cuenta la experiencia del exilio y mencionan su estadía en Buenos Aires, el análisis específico de los modos en los que esta ciudad se representa en *Memoria de la melancolía* continúa siendo un eje poco explorado.

Dentro del conjunto de textos que al menos mencionan el período porteño, se advierten en líneas generales dos tendencias: una que asocia a Buenos Aires con recuerdos positivos, afectuosos (Monforte Gutierrez, 2001, 498; González Naranjo, 2023, 129; Torres Nebrera, 1992, 368) y otra en la que, en cambio, se interpreta que la ciudad es considerada por la autora como un lugar hostil (de Zuleta, 2002, 103). Si bien es cierto que el paisaje urbano porteño puede resultarle ajeno a la autora debido a que no es su lugar de origen y que ha llegado a él de un modo que no ha sido voluntario, más que hostilidad se encuentran en las memorias múltiples referencias a Buenos Aires como una ciudad hospitalaria y generosa.

La elección de representar de este modo la capital porteña está relacionada con los efectos que el exilio tiene en la subjetividad de quien debe, de modo forzoso, dejar su lugar de origen para instalarse en un lugar nuevo. Como indica Edward Said en «Reflexiones sobre el exilio» (2013), el sujeto del exilio posee una «identidad contrapuntística» ya que

La mayoría de la gente tiene conciencia principalmente de una cultura, un escenario, un hogar; los exiliados son conscientes de al menos dos, y esta pluralidad de miradas da pie a cierta conciencia de que hay dimensiones simultáneas (Said, 2013, 194).

La convivencia de múltiples dimensiones genera en quien se exilia una grieta, ya que entre lo que se abandona y lo nuevo se abre una enorme distancia, distancia que no es solamente geográfica, sino que es, sobre todo, emocional. Así, el exilio es «[...] la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza» (Said, 2013, 179). Este esencial estado de tristeza es el que puede hallarse en diversos pasajes del texto de León, en particular en aquellos más reflexivos en los que da cuenta del arduo trabajo de la memoria:

[...] memoria melancólica, a medio apagar, memoria de la melancolía. No sé quién decía en mi casa: hay que tener recuerdos. Vivir no es tan importante como recordar. Lo espantoso era no tener nada que recordar, dejando detrás de sí una cinta sin señales... Pero qué horrible es que los recuerdos se precipiten sobre ti y te obliguen a mirarlos y te muerdan y se revuelquen sobre tus entrañas, que es el lugar de la memoria” (León, 2021, 76).

La metáfora de la «cinta sin señales» puede pensarse en analogía con la necesidad de trazar cartografías urbanas en Buenos Aires, cartografías que sean subjetivas, que le otorguen un sentido particular, propio, a la ciudad. Así como, en el plano temporal, una vida tiene sentido si ha dejado su huella en el tiempo, en el plano urbano, el nuevo lugar es un “espacio sin señales”, sin connotar,

del que la escritora exiliada debe apropiarse para que ese mapa devenga mapa afectivo, propio y colectivo.

El lugar de enunciación

El exilio constituye, entonces, un elemento fundamental a la hora de comprender el lugar de enunciación de León. Ella escribe sus memorias desde Italia; lo hace a mano, «en cuadernos casi escolares y en su casa del barrio del Trastevere, en Roma, donde ella y Alberti pasaron sus últimos catorce años de expatriados» (Prado, 2021, 10). Este factor contextual es relevante debido a que en la configuración de Buenos Aires median, entonces, dos distancias: la temporal y la espacial. En el mismo texto escrito por Benjamín Prado como prólogo a las memorias en la edición más reciente del texto, se señala que el mismo podría considerarse una «especie de tratado de la pérdida» (Prado, 2021, 11). Esto puede aplicarse a Buenos Aires debido a que dicha ciudad es un espacio perdido: León ya no está allí, y por lo tanto su reconstrucción está mediada por el trabajo de la memoria, el cual siempre opera mediante invenciones y lagunas. Sin embargo, en otro sentido, puede decirse que Buenos Aires no es un espacio de la pérdida, ya que lo que se enfatiza a lo largo del texto es cómo la capital de la República Argentina se configura como espacio de recuperación, de unión, de sutura de la grieta que, en la identidad de León, dejan las desgarradoras experiencias la de la Guerra Civil y el posterior exilio.

Reflexionar en torno al lugar de enunciación no implica solamente considerar desde dónde –en términos geográficos– escribe la autora, sino también pensar su lugar de enunciación en tanto mujer y, de modo más preciso, en tanto mujer exiliada. Con respecto a lo primero, en «Apuntes para una política de la posición» (1984 [2001]), Adrienne Rich se pregunta por su propio lugar de enunciación: « [...] necesito entender la manera en que un lugar en el mapa es también un lugar en la historia dentro del cual, como mujer, como judía, como lesbiana, como feminista, he sido creada e intento crear» (Rich, 2001, 207). Si bien las precisiones de esta cita (mujer, judía, lesbiana, feminista) aplican a la propia biografía de Rich, su reflexión pone en evidencia el modo en que el

lugar de enunciación es un enclave que aglutina circunstancias geográficas, históricas y de género que moldean los discursos producidos. Al reflexionar en torno a la posición que ocupa en el discurso, suma un factor más, el cuerpo: «Empiezo, sin embargo, no por un continente, un país o una casa, sino por la geografía más cercana: el cuerpo. Aquí, al menos, sé que existo» (Rich, 2001, 207). Recuperar la dimensión corporal resulta fundamental, ya que las memorias de León constituyen una textualidad producida desde determinada posición geográfica y discursiva en su presente de enunciación y que, a su vez, reconstruye sus años en Buenos Aires. Estos fueron años en los que su cuerpo circuló por una ciudad que en principio era desconocida y en la que fue configurando cartografías de la experiencia urbana. El cuerpo es, para dicha experiencia, constitutivo, ya que como indica José Enrique Finol al reflexionar sobre la construcción de los espacios en «Cuerpos e identidad: espacio, lugares y territorios» (2018) « [...] son, pues, las marcas que produce el cuerpo en un espacio dado las que hacen que ese espacio «exista» en el sentido semiótico de su realización, en cuanto estructura de significación» (Finol, 2018, 93).

En este punto, es pertinente también hacer una breve aclaración sobre la posición desde la que escribe la autora no solamente en relación con el dónde, sino con los modos en los que los discursos autobiográficos dialogan con los recuerdos y la memoria. Al tratarse de un texto autobiográfico, en el que además hay una mediación temporal entre la escritura y los hechos narrados, se encuentran en el texto tensiones entre categorías como «ficción», «verdad», «historia» y «testimonio». Como señala Candorcio Rodríguez (2023), en las distintas modulaciones de la escritura autobiográfica el autor selecciona los recuerdos y «los interpreta desde el momento presente, dándoles una significación o una vinculación de causalidad que no tiene por qué ser real, por lo que hay un poso de subjetividad inevitable» (Candorcio Rodríguez, 2023, 138). García Davó (2022) también subraya esto: «León, como indica en varias ocasiones, no pretende ejercer la función de una historiadora, sino relatarnos lo que ella experimentó y vivió en su día a día» (García Davó, 2022, 45).

A este factor se le suman otras dos circunstancias que atanen a la cuestión de la memoria y al modo en que, en un texto de estas características, es importante matizar el estatuto de verdad.

Candorcio Rodríguez repara en una de estas circunstancias, el exilio: la autora señala que la existencia de las personas exiliadas «no está marcada por una continuidad depositada en la memoria y estructurada por la conciencia, sino que, precisamente, se caracteriza por la ruptura entre el individuo y el grupo original de pertenencia a un lugar concreto» (Candorcio Rodríguez, 2023, 138). A dicha ruptura subjetiva que implica el exilio, en el caso de León hay una patología que incide puntualmente en la facultad de la memoria: el Alzheimer. Como indica Sánchez (2019), en el texto se encuentra tanto la conciencia de la autora del deterioro de su memoria como la «lucidez de un recorrido pormenorizado y atento a todo aquello que no quería dejar sin contar» (Sánchez, 2019, 55).

Teniendo en cuenta entonces el triple lugar de enunciación desde el cual León escribe su pasado rememorado –mujer exiliada en Roma–, y teniendo en cuenta las problematizaciones expuestas en torno al estatuto de verdad en el texto, se procederá a continuación a examinar las cartografías urbanas porteñas en las memorias.

Cartografías literarias urbanas y mapeo afectivo

Una de las vías de análisis para examinar las representaciones de Buenos Aires en las memorias de León es la de rastrear las cartografías literarias urbanas que se configuran en el texto. Tal como sostiene Robert Tally Jr. en el segundo capítulo de *Spatiality* (2012),

The act of writing itself might be considered a form of mapping or a cartographic activity. Like the mapmaker, the writer must survey territory, determining which features of a given landscape to include, to emphasize, or to diminish (Tally Jr., 2012, 52).

En relación con esta elección en torno a qué elementos del paisaje incluir, enfatizar o, por el contrario, borrar o atenuar, aquí se sostiene que es el criterio afectivo el que determina dichas decisiones en la configuración del mapa. En *Affective Mapping. Melancholia and the Politics of Modernism* (2008), Jonathan Flatley indica que el término «mapeo afectivo» [*affective mapping*] ha sido

utilizado tanto en los contextos de la geografía como de la psicología ambiental para hacer referencia a

the affective aspects of the maps that guide us, in conjunction with our cognitive maps, through our spatial environment. That is, we develop our sense of our environments through purposive activity in the world, and we always bring with us a range of intentions, beliefs, desires, moods, and affective attachments to this activity (Flatley, 2008, 77).

Los lugares transitados y visitados devienen mojones en el mapeo afectivo cuando en ellos algo relevante ha sucedido, algo que queda impregnado en la experiencia:

Hence our spatial environments are inevitably imbued with the feelings we have about the places we are going, the things that happen to us along the way, and the people we meet, and these emotional valences, of course, affect how we create itineraries (Flatley, 2008, 77-78).

Lo interesante de esta propuesta, es que los mapas que devienen del mapeo afectivo no son meramente individuales, sino que se conforman como un palimpsesto a partir de la reescritura de los mapas de otros y otras (Flatley, 2008, 78). Así, el mapeo afectivo que permite configurar la cartografía literaria de León en la ciudad de Buenos Aires no surge únicamente de sus propias vivencias, sino que, como se verá, los lugares relevados son también lugares especialmente apreciados por otros exiliados españoles en su época.

En el caso de León, entonces, la configuración de estos mapas se realiza en el contexto particular del exilio, una experiencia atravesada por la pérdida. Lo que a primera vista se pierde, de modo global, es la patria. Esta pérdida del lugar de origen (en este caso, España), se vive, para de Zuleta, como «un desgajamiento que produce en el exiliado su conciencia de alienación» (de Zuleta, 2002, 39). Este desgajamiento es tan profundo porque la pérdida del espacio acarrea consigo la pérdida de «paisajes, lugares, gentes, objetos» (de Zuleta, 2002, 96). Ante este desprendimiento de los lugares de referencia conocidos, se

impone en la escritora exiliada la necesidad de trazar recorridos que comiencen a dotar de sentidos a las nuevas calles transitadas, a la señalética que da información, a la toponimia que suena ajena al oído. La configuración de una nueva cartografía es necesaria para hacer inteligible el nuevo lugar; en rigor, para hacer del espacio nuevo un lugar. Para de Zuleta, la pérdida del espacio no puede comprenderse sin la pérdida del tiempo, del tiempo en sus tres dimensiones: pasado, presente y futuro (de Zuleta, 2022, 39). Así, el conferir sentidos al nuevo escenario urbano es necesario en dos direcciones: por un lado, en una dirección hacia el futuro, para poder proyectarse en una nueva línea temporal, una línea paralela a la del tiempo de la patria, una patria cuyo tiempo histórico sigue transcurriendo en otras coordenadas geográficas. Por el otro, semiotizar la nueva ciudad es un acto necesario también para poder hacer un ejercicio activo de la memoria, para poder reunirse con compatriotas exiliados, mantener vivas las tradiciones y no olvidar:

[...] el exiliado necesitó delimitar sus espacios propios dentro de la ciudad inmensa, sus islas, las de las famosas tertulias de la Avenida de Mayo, o en las asociaciones regionales –vascos, gallegos, catalanes–, donde pervivía la nostalgia de España, de sus gentes y de sus problemas, en un tiempo detenido que diseñaba su propio ámbito de perfiles a veces conmovedores (de Zuleta, 2002, 104).

De este modo, la delimitación a la que se refiere de Zuleta funciona para configurar «espacios de evasión» (Marín Villora, 2012, 25) que hacen las veces de refugios. Sin embargo, estos no solo funcionan para «protegerse de lo ajeno» como indica Marín Villora, ya que eso podría tener una connotación negativa en el sentido de aislarse, sino para tener un lugar de pertenencia un tanto más firme a donde volver mientras se participa en las dinámicas sociales de la nueva ciudad y se intenta construir una nueva red de pertenencia.

En este punto es relevante hacer una aclaración terminológica con respecto a la diferencia entre los términos «espacio» y «lugar» para delimitar bajo qué concepto se hará referencia a la ciudad de Buenos Aires en el texto. Según Finol, el

cuerpo demarca niveles espaciales al estar presente y moverse: «Así, nuestro cuerpo, en sus interacciones con los espacios, demarca lugares y territorios» (Finol, 2018, 96). Siguiendo esta distinción conceptual, se considera, entonces, que Buenos Aires se configura en el texto de León en tanto lugar, debido a que

El lugar es una porción de espacio dotado de sentidos específicos, semiotizado por sus habitantes, por los objetos que el ser humano ha colocado allí; también es semiotizado por sus textos y acontecimientos; como porción del espacio, el lugar se caracteriza por la permanencia de sus habitantes, lo que conduce a que esté dotado de una densidad semiótica e identitaria fuertes y, en consecuencia, es un generador de memoria densa (Finol, 2018, 96).

Frente a la identidad de la exiliada, marcada por el desplazamiento, por la sensación de lo transitorio, de la precariedad de lo material, la configuración de la ciudad de llegada en tanto lugar funciona como un anclaje identitario. Hacer de Buenos Aires un lugar le permite a la escritora exiliada reestructurar una nueva identidad y comenzar a transitar nuevas vivencias que, luego, con la mediación del tiempo y del lenguaje, devienen tejidos de memorias.

Los mapas de la escritura

Es en un barco llamado Mendoza que León llega a Buenos Aires desde Marsella. Lo hace en febrero de 1940, junto a Rafael Alberti. Desembarcan en el puerto de Buenos Aires, donde los esperan amigos como Gonzalo Losada y Marta Brunet (León, 2021, 332; 349-350). Una vez desembarcada en la ciudad de destino, la escritora exiliada debe recorrer el entorno urbano, apropiarse de él para generar nuevas cartografías. Uno de los modos posibles de consolidar dichos recorridos es, precisamente como se mencionó que indica Tally, la escritura. Se lee en las memorias:

No sé. Escribo con ansia, sin detenerme, tropiezo, pero sigo. Sigo porque es una respiración sin la cual sería capaz de

morirme. No establezco diferencias entre vivir y escribir. Ni recuerdo cuándo empecé. Debía tener catorce o quince años (León, 2021, 358).

En el comienzo de la cita hay un sugestivo paralelismo entre andar y escribir. Las imágenes utilizadas por la autora son, ciertamente, trasladables al plano de la caminata: “sin detenerme, tropiezo, pero sigo”. De este modo, para el caso de la enunciación de León es aplicable aquello que Michel de Certeau expone en «Andar en la ciudad» (2008): «El acto de caminar es al sistema urbano lo que la enunciación es a la lengua o a los enunciados realizados» (de Certeau, 2008, 6). Dicha analogía se encuentran también al comienzo de las memorias: «Entonces prefiero ir hacia lo que fue y hablo, hablo con el poco sentido del recuerdo, con las fallas, las caídas, los tropiezos inevitables del espejo de la memoria» (León, 2021, 32). Tanto en el terreno de la página como en el de la calle, el cuerpo da rodeos, tropieza, se recomponen, a veces cae. Como indica de Certeau, el derrotero del caminante puede dejarse asentado en mapas que den cuenta de sus huellas y recorridos,

Pero estas sinuosidades en los trazos gruesos y en los más finos de su caligrafía remiten solamente, como palabras, a la ausencia de lo que ha pasado. Las lecturas de recorridos pierden lo que ha sido: el acto mismo de pasar (de Certeau, 2008, 6).

La paradoja, entonces, es que al escribir se da cuenta de un recorrido urbano, pero, al mismo tiempo, se está reconociendo lo efímero de dicho paso, ya que el caminar se fija por la escritura a posteriori. La escritura fija el cuerpo que ha pasado por ese trozo de la ciudad, pero que ya no está más en él (porque la caminata es dinámica y, por eso, pasajera). En otras palabras, «... los lugares vividos son como presencias de ausencias» (de Certeau, 2008, 14).

Las representaciones urbanas que se cartografián en el texto no son, por lo tanto, únicas, ya que como explica Doreen Massey en *Space, Place and Gender* (2001), las identidades de los lugares tienen un carácter provisional. Este factor se explica «by the juxtaposition and co-presence there of particular sets of social interrelations, and by the effects which that juxtaposition and co-presence produce» (Massey, 2001, 168-169). Nuevamente, se ve

cómo el lugar no es algo estático que funciona como mero escenario en el cual los sujetos transitan, sino que los vínculos sociales que allí tienen lugar (y que son, asimismo, dinámicos) repercuten en la identidad de aquellos lugares. De este modo, en el texto de León aparecen aspectos y aristas de la representación porteña que se yuxtaponen y que hacen de Buenos Aires una ciudad polivalente.

Andar por Buenos Aires

La acción de andar constituye, sin dudas, uno de los mejores modos de conocer una ciudad. La figura del paseante que deambula por la ciudad fue cristalizada en el análisis de que Walter Benjamin hace sobre la ciudad de París y sobre cómo esta aparece representada en la poesía de Charles Baudelaire. En *El París de Baudelaire*, el filósofo alemán comenta que allí impera la mirada del *flâneur*, personaje que se ubica en el límite entre la gran ciudad y la burguesía: «En ninguna de las dos está el *flâneur* en casa, sino que busca su asilo en la multitud» (Benjamin, 2012, 56). El lugar de este personaje, observador por excelencia (Benjamin, 2012, 104) es, justamente, el entorno urbano: «La calle se vuelve un apartamento para el *flâneur*, en casa entre las fachadas de los edificios como el burgués entre sus cuatro paredes» (Benjamin, 2012, 100). Este estado móvil y fronterizo del paseante urbano encuentra ecos en las reflexiones de Certeau sobre el andar: «Andar es no tener un lugar. Se trata del proceso indefinido de estar ausente y en pos de algo propio» (de Certeau, 2008, 11). En este sentido, la figura del *flâneur* comparte rasgos con la figura del sujeto del exilio, ya que el exiliado tampoco tiene un lugar, está en la busca de reconstruir algo propio debido a que todo aquello con lo que contaba ya no existe, y se encuentra así en un límite, entre el «acá» y el «allá», en un estado, como dice Said, «contrapuntístico».

La experiencia del *flâneur*, tal como la sistematiza Benjamin, aplica únicamente al paseante urbano masculino. En esto repara Leslie Kern en *Ciudad feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres* (2021) cuando repasa esta figura, por lo que se pregunta si habría posibilidad de concebir una contrapartida

femenina a dicho personaje (Kern, 2021, 35). La autora repasa las dos perspectivas que se enfrentan en torno a esta cuestión:

Algunas ven el modelo del *flâneur* como un tropo excluyente que debe ser criticado; otras, como una figura a reclamar. Quienes están en contra, sostienen que las mujeres nunca pueden escaparse de verdad en la invisibilidad, porque el género las marca como objetos de la mirada masculina. Otras sostienen, en cambio, que la mujer *flâneur* –la *flâneuse*– siempre ha existido, y aducen ejemplos como el de Virginia Woolf (Kern, 2021, 35).

Si bien Kern reconstruye luego los argumentos de autoras que sí han abogado por la existencia de la figura de la *flâneuse*, tales como Sally Munt o Lauren Elkin, sostiene que incluso dichas representaciones son sesgadas porque representan una paseante que responde a determinados estereotipos estéticos y corporales y, por lo tanto, «no deja de ser una condición plagada de prejuicios de género» (Kern, 2021, 37).

A pesar de esto, pensar el entorno urbano como un lugar liberador en el que las mujeres pueden explorar nuevas realidades permite justamente desafiar el yugo espacial que algunos lugares, como el hogar, lo interno, han implicado para las mujeres. En este sentido, en *The Sphinx in the City. Urban Life, the Control of Disorder, and Women* (1992) Elizabeth Wilson comenta cómo la ciudad, a pesar de estar asociada a múltiples peligros y a dispositivos de vigilancia, puede constituir, para las mujeres, un espacio de apertura:

The city offers women freedom. After all, the city normalises the carnivalesque aspects of life. True, on the one hand it makes necessary routinised rituals of transportation and clock watching, factory discipline and timetables, but despite its crowds and the mass nature of its life, and despite its bureaucratic conformity, at every turn the city dweller is also offered the opposite- pleasure, deviation, disruption (Wilson, 1992, 7).

Pensar el espacio urbano desde el placer, el desvío y la disrupción que puede implicar para las paseantes aporta una mirada renovadora en torno a la relación entre mujer y ciudad que

desafía las concepciones patriarcales de la geografía. Como indica Massey, el género también ha influido profundamente en los modos de entender lo geográfico (Wilson, 2001: 177). En ese sentido, explica cómo los espacios transmiten mensajes codificados desde el género: «[...] spaces and places are not only themselves gendered but, in their being so, they both reflect and affect the ways in which gender is constructed and understood» (Massey, 2001, 179). La subordinación de la mujer en el espacio urbano se digitó históricamente desde una doble vertiente. Como explica Kern, «Si algunas mujeres necesitaban protección del confuso desorden urbano, otras necesitaban ser controladas, reeducadas y tal vez incluso desterradas». (Kern, 2021, 15).

En el caso de León, ella se lanza a caminar por las calles de Buenos Aires y se deja atravesar por el desconcierto que este nuevo entorno urbano le genera:

Buenos Aires es una ciudad sin finales. No se la puede recorrer echando a andar porque su numeración no tiene la modestía de las calles europeas, ya que pasa del 20.000 y llega al 30.000... o más, seguramente. Buscar la casa de un amigo es echarse a correr detrás de los números que corren delante de ti y se burlan. Más; más, más... En esa ciudad todas las razas del mundo se saludan. Hay una elegancia bonaerense y una belleza- hasta la masculina- que lleva su etiqueta (León, 2021, 458).

El entorno nuevo se compara con lo conocido: ante la compacidad de las ciudades europeas, la extensión porteña arrasa. La numeración de las calles, que se eleva a cifras tan altas, parece abrumadora: la paseante se ve así arrollada por unas cifras que invitan a seguir caminando sin llegar nunca a un punto final. La ciudad cobra vida, es personificada y dialoga con la paseante: las calles «se burlan». De Zuleta lee en la observación «Buenos Aires es una ciudad sin finales» una interpretación de la capital argentina en tanto ciudad hostil. Sin embargo, dicho comentario también podría leerse desde una perspectiva liberadora: ¿qué más expansivo para una escritora exiliada que ha debido escapar de una feroz guerra civil en su país poder echarse a andar libremente por una ciudad que parece no tener confines? Y si bien los números «se

burlan» esto no es tomado como una amenaza por parte de la narradora, sino más bien como una diversión.

Perderse en esta Buenos Aires y seguir la numeración infinita que la cartografía urbana propone hasta intentar llegar a la casa buscada tiene un aspecto lúdico, pero también profundamente trascendente. En *Una guía sobre el arte de perderse* (2021), Rebecca Solnit observa: «Aquello cuya naturaleza desconocemos por completo suele ser lo que necesitamos encontrar, y encontrarlo es cuestión de perderse» (Solnit, 2021, 10). Para una mujer exiliada, sin embargo, la pérdida es un estado profundamente complejo y desolador que incluso puede llegar a definirla. La exiliada es aquella que lo ha tenido que abandonar todo. Como dice León en un punto de sus memorias:

Me iba con todos mis recuerdos anudados en unas bolsas de camino que iba a perder un poquito más lejos. Todo huía. Se deslizaban casi tres años de una apasionada aventura humana, la más entrañable aventura española que corrió nuestro pueblo. Y yo quería llevar todo bien atado, para no perder nada ahí (León, 2021, 77).

Hay un esfuerzo arduo por no perder, pero al mismo tiempo una clara conciencia de que la pérdida es inherente a la condición del exilio. Sin embargo, «perder» no es lo mismo que «perderse» y en esta diferencia repara precisamente Solnit:

Perder cosas tiene que ver con la desaparición de lo conocido, perderse tiene que ver con la aparición de lo desconocido. Hay objetos y personas que desaparecen de tu vista, tu conocimiento o tu propiedad: pierde una pulsera, un amigo, la llave. Sigues sabiendo dónde estás tú. [...] O bien te pierdes tú, y en ese caso el mundo se ha vuelto mayor que tu conocimiento acerca de él. En ambos casos hay una pérdida de control (Solnit, 2021, 25).

La experiencia del exilio conlleva, en rigor, las dos experiencias: hay una pérdida de objetos, paisajes, personas, pero hay también una pérdida del sí misma. Ante esta pérdida radical que desestabiliza las bases subjetivas, que implica una absoluta pérdida de control, la escritora exiliada hilvana cartografías

urbanas. Anda por la ciudad, escribe. Se deja llevar por esa numeración que desconcierta, se pierde en ese deambular que, sin embargo, es un perderse amable, lúdico, que no tiene la misma condición desgarradora del perderse que conlleva la primera huida, la del exilio.

Un detalle crucial del pasaje de León sobre la «ciudad sin finales» que permite sostener que esa Buenos Aires infinita no es hostil, que el dejarse llevar por las calles porteñas constituye una liberación, es la descripción de la actitud de los habitantes de la ciudad: «todas las razas se saludan». En la Buenos Aires retratada por León hay concordia y amabilidad, incluso con quien proviene de otro lugar, y es ese saludo fraternal el que se posiciona como punto de referencia ante lo confuso e infinito de la numeración de las casas y es lo que configura una cartografía urbana amigable. Por último, la cita refleja que Buenos Aires es también un deleite visual para la paseante, quien encuentra placer estético en la elegancia de sus habitantes.

Una representación del andar urbano como esta permite, como propone Wilson, concebir a las ciudades como “[...] objects of exploration, investigation and interpretation, settings for voyages of discovery” (Wilson, 1992, 11).

Esa visión distinta, que concibe la ciudad desde una mirada exploratoria, abierta a la configuración de nuevas cartografías tiene en el texto de León un elemento fundamental que moldea su visión de Buenos Aires: la conmoción.

Buenos Aires y las emociones

En *La política cultural de las emociones* (2004 [2017]) Sara Ahmed indaga en torno a los vínculos entre emociones, estatismo y movimiento. Recuerda la etimología de la palabra «emoción» (*emovere*), que se refiere a «mover», «moverse» y a continuación reflexiona:

Por supuesto, las emociones no se tratan solo del movimiento, también son sobre vínculos o sobre lo que nos liga con esto o aquello. [...] Lo que nos mueve, lo que nos hace sentir, es también lo que nos mantiene en nuestro

sitio, o nos da un lugar para habitar. Por tanto, el movimiento no separa al cuerpo del “donde” en que habita, sino que conecta los cuerpos con otros cuerpos: el vínculo se realiza mediante el movimiento, el verse (con)movido por la proximidad de otros (Ahmed, 2017, 36).

Este pasaje es iluminador para pensar los modos en los que la ciudad de Buenos Aires es presentada en el texto de León como un lugar en el que la autora quiere permanecer, donde quiere quedarse; una ciudad que desea habitar. Lo interesante del pasaje citado es la observación acerca de que el hecho de que un lugar o una persona «mueva» afectivamente al sujeto tiene como correlato un deseo de permanencia, de habitar. El movimiento afectivo genera así un compromiso del cuerpo con el lugar, un deseo de ser parte, de permanecer cerca de aquello que lo ha (con)movido. Asimismo, el énfasis que hace Ahmed en la conexión de los cuerpos con otros cuerpos, en la proximidad, es pertinente en términos de la creación de una comunidad: el sujeto del exilio busca estar próximo a otros cuerpos en pos de crear una red.

En este punto, un lugar crucial dentro de las cartografías urbanas afectivas que recrea el texto de León son los cafés de la ciudad de Buenos Aires, en particular aquellos emplazados sobre la Avenida de Mayo². León apunta que

Hay en la Avenida de Mayo viejos cafés oscuros,
íntimos, muy siglo XIX, propios para conspirar, para

² Inaugurada oficialmente el 9 de julio de 1984, Muscar Benasayag y Cebrián de Miguel señalan que la Avenida de Mayo fue concebida como un símbolo junto con otra arteria de la ciudad, Diagonal Norte. Entre ambas se unirían los tres centros del poder nacional: «La Avenida enlazaría la Casa de Gobierno con el futuro Palacio Legislativo. La Diagonal Norte uniría la Casa de Gobierno y el futuro edificio de Tribunales» (2022: 370). A la relevancia que esta arteria posee en el diagramado de la capital porteña se le añade las connotaciones específicas que tuvo para los españoles en el período de la Guerra Civil. Como indica Ortuño Martínez, en esta avenida «se dieron múltiples enfrentamientos, que en ocasiones requirieron la intervención de la autoridad policial, entre los republicanos unidos en el Bar Iberia y los franquistas en el Bar Español» (2010: 58).

pasarse de mesa a mesa revelaciones sorprendentes, y están los iluminados y amplios con terrazas para ver pasar el mujerío (León, 2021, 424).

En *El exilio y la emigración española de la posguerra en Buenos Aires, 1936-1956* (2010), Bárbara Ortúñoz Martínez explica la relevancia de estos lugares para la comunidad española. La Avenida de Mayo era conocida como la “calle de los españoles”:

En ella se podían realizar largos paseos y la sociabilidad solía desarrollarse en torno a los cafés. Estos fueron frecuentados, sobre todo, por hombres con profesiones liberales y por ciertos inmigrantes exitosos (Ortúñoz Martínez, 2010, 46).

La visión de León sobre los cafés es la siguiente, coincidente con las observaciones históricas de Ortúñoz Martínez:

Al llegar nosotros, sentimos por esa Avenida de Mayo y por esos cafés una ternura inmensa. Era el único lugar de Buenos Aires donde jamás se había aceptado que Madrid había caído el 7 de noviembre de 1939; el único lugar donde, al terminarse nuestra guerra, se había llorado de rabia; el único lugar donde no se habló nunca de nuestra derrota ni de Franco. De Franco, sí, pero no puedo escribir aquí lo que decían de él (León, 2021, 424-425).

Este primer pasaje citado enfatiza, precisamente, el lazo que se genera con los cafés a partir de un sentimiento particular: la ternura. Esta emerge en la autora por la hermandad que percibe a partir del hecho de que sabe que los cafés funcionaron como bastiones en los que no se reconoce ni la caída de Madrid ni la posterior derrota republicana. El gesto de omitir discursivamente estas dolorosas caídas y de, en cierto sentido, negar la realidad hace de los cafés islas afectivas en las que, ante el panorama desolador que se presenta desde España, se mantiene la esperanza y se enfatiza la lealtad. La cita también evidencia la conmoción a la que hace referencia Ahmed, ya que en el café no solo se manifiesta discursivamente el dolor del bando republicano español, sino que la conexión y la hermandad llegan hasta un nivel corporal y afectivo: en el café se «llora de rabia». Los cuerpos, así, se

transforman, comparten el dolor, se commueven de forma colectiva.

El hecho de que en los cafés no se reconozca la derrota es algo que León reitera en otros pasajes: «¡Qué Buenos Aires aquel de nuestra primera amistad con la vida nueva! En las mesas de los cafés de la Avenida de Mayo se discutía y se gritaba como si aún Madrid estuviese defendiéndose» (León, 2021, 351-352). Se ve aquí de nuevo una commoción de los cuerpos: el apoyo al bando republicano no es simplemente desde lo discursivo («se discutía») sino que esa discusión se realiza con fervor, con modificaciones a nivel corporal («se gritaba»). El café deviene así una sede de España dentro de Buenos Aires, un territorio local dentro del territorio extranjero. Lugares como estos en los textos del exilio han sido conceptualizados por Marín Villora como “espacios de evasión”. Estos

[...] podrán ser espacios reales como los cafés del exilio o instituciones en las que sólo los colectivos de exiliados toman parte (los ateneos, los clubs sociales o las imprentas y editoriales donde trabajan); o irreales, es decir refugios creados en su imaginación para protegerse de lo ajeno, como su idioma, su memoria o la nostalgia de la patria perdida (Marín Villora, 2021, 25).

Marín Villora hace énfasis en la evasión, en el refugio en tanto espacio que separa a los exiliados del resto de los habitantes del nuevo lugar y que los hace solamente relacionarse entre ellos. A pesar de ello, aquí se leen los cafés como enclaves que, si bien ciertamente son lugares en los que se reúne la comunidad española de exiliados, funcionan como núcleos afectivos en los que el grupo puede juntar fuerzas para luego salir nuevamente a la ciudad a generar nuevos vínculos tanto con otros españoles como con argentinos. Es decir, la evasión no se toma en un sentido negativo de abstracción y negación a adaptarse a la nueva ciudad, sino como momento de reunión para recrear tradiciones y memorias, construir narrativas en las que «hacer pie». En este sentido, el café funciona como lugar en el que, a partir no solamente de los temas de conversación sino también del ejercicio de la propia variedad lingüística, se reestructura paulatinamente una identidad vapuleada por las múltiples pérdidas del exilio.

Los cafés de la Avenida de Mayo, entonces, están estrechamente vinculados no solo al afianzamiento de la comunidad entre los propios españoles, sino que suscitan en León recuerdos en torno a la generosidad del pueblo argentino:

La Argentina ha sido, tal vez, el país de corazón más generoso con nosotros. Verdaderas batallas de café entre sostenedores y adversarios de nuestra causa matizaban la vida de Buenos Aires. Cuando dijeron que Madrid caería de un momento a otro, por aquellos días de 1936, las gentes lloraban por las calles. Era un duelo nacional. Cuando de verdad entregaron Madrid, hubo periódicos que jamás publicaron la noticia (León, 2021, 66).

La generosidad argentina no solamente se refleja en el modo en que los cafés de Buenos Aires acogen a los republicanos españoles, sino que se manifiesta en gestos concretos que León recuerda al momento de escribir sus memorias. Pensar en los cafés porteños la lleva a recordar los días de 1936 cuando ella aún estaba en España y le escribe una carta a un amigo manifestándole que las actrices no tenían enseres para maquillarse. La autora escribe eso, pero se olvida informar que pasaban hambre. Sin embargo, el gesto diferencial y generoso vino de los argentinos:

Pero nuestros amigos argentinos subsanaron ese olvido y junto a los rouges y el maquillaje teatral llegaron las conservas y la leche en polvo... Gracias, gracias aún hoy desde aquí, desde Roma, pasados tantos años» (León, 2021: 66-67).

Este ejemplo permite dar cuenta de que el café no solamente es evocado como lugar transitado por la autora, sino que es evocado a partir de los relatos que ella tenía de dichos espacios cuando estaba en España, cuando aún no había llegado a la Argentina. Incluso desde España, en los años de la guerra, trasciende el hecho de que los cafés son enclaves de la lucha republicana. De este modo, estos lugares funcionan en el texto y en el mapeo afectivo no solamente como zonas en las que transcurren los recuerdos, sino como disparadores de memorias afectivas de connotación positiva en torno al pueblo argentino. En el ejemplo citado, es el

recuerdo de los cafés lo que luego lleva a León a recordar el envío de su carta y, posteriormente, la generosidad argentina por la cual les fueron enviados a España maquillajes y alimentos. Así, los lugares (con)mueven no solo a los cuerpos en presencia, sino también a los recuerdos.

Conclusiones

María Teresa León lee y escribe (sobre) la ciudad de Buenos Aires desde una posición particular: en tanto escritora española exiliada. Esta condición incide ciertamente en el modo en que Buenos Aires es representada debido a que la voz que narra es una que, subjetivamente, se constituye desde la pérdida. Esto hace que la capital argentina, ciudad en donde imperan la paz y las posibilidades de tener una vida en cierto sentido estable, se configure como un lugar reestructurador de la identidad agrietada por el exilio. Esta representación está atravesada no solamente la situación personal de la autora sino también por las representaciones colectivas que de Buenos Aires le llegan a León incluso antes de desplazarse allí en 1940.

Sin embargo, resulta importante aclarar que esta recomposición no implica que la autora olvide su situación anterior, la experiencia de la pérdida o España, su patria arrebatada. Por el contrario, en las cartografías hilvanadas la conciencia de la pérdida, del pasado, está presente. Los mapas recreados mediante la palabra contienen las cicatrices del exilio, las marcas del abismo que se representa de modo concreto en el océano que separa a ambos continentes pero que se modula, internamente, mediante la añoranza de todo aquello que ha sido arrebatado.

Mediante una práctica de la escritura que se posiciona desde una doble distancia –temporal y espacial– con respecto a Buenos Aires, el texto de León configura en retrospectiva un recorrido por la ciudad que permite comprender el impacto que dicha experiencia urbana tuvo en su vida. El texto, entonces, hilvana cartografías cuyo criterio de configuración es la dimensión afectiva: los lugares que aparecen aludidos y descriptos –por ejemplo, los cafés de la Avenida de Mayo– se posicionan como puntos en esos mapas por el hecho de que han sido significativos

en el recorrido urbano de la autora. Lo que les otorga dicha importancia es lo vincular: en todos ellos se destaca alguna anécdota vivida en relación con otros personajes que hacen de la experiencia del exilio una un poco más reconfortante. Así, las cartografías que se escriben son mapas del vínculo de León con la ciudad y permiten advertir los cambios, la evolución de la relación entre la autora y dicho espacio urbano.

Revisitar y releer la experiencia urbana del exilio de María Teresa León resulta especialmente relevante en nuestro presente, uno en el que los desplazamientos y las migraciones, tanto elegidas como forzadas, marcan el pulso de la época. En este contexto, también es pertinente pensar que esta propuesta puede expandirse para aplicar el análisis de las cartografías a otras autoras del exilio español. Si Buenos Aires es, para León, esa “ciudad sin finales” en la cual la autora se constituye como paseante que observa desde una identidad reconstituida, pero siempre en contrapunto, esta lectura es una invitación a pensar las ciudades de acogida como espacios de reconstrucción identitaria para las comunidades migrantes tanto del pasado como de nuestros tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, Sara. (2017) La política cultural de las emociones. Trad. Cecilia Olivares Mansuy. Ciudad de México. Universidad Nacional Autónoma de México- Centro de Investigaciones y Estudio de Género.
- ARIENZA, Soledad (en prensa). «Buenos Aires, un refugio: cartografías del hogar y de la amistad en *Memoria de la melancolía* de María Teresa León». Editorial Dykinson.
- BENJAMIN, Walter. (2012) El París de Baudelaire. Trad. Mariana Dimópolos. Buenos Aires. Eterna Cadencia.
- CANDORCIO RODRÍGUEZ, Natalia. (2023) «“Que recuerden los que olvidaron”: memoria individual y colectiva en María Teresa León. Notas sobre *Memoria de la melancolía* (1970)». Úrsula Núm. 7. 135-152.
- DE CERTEAU, Michel. (2008). «Andar en la ciudad». Bifurcaciones. Revista de estudios culturales y urbanos/ número 07. 1-17.
- DE ZULETA, Emilia. (2002) Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1936. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- FINOL, José Enrique. (2018) «Cuerpos e identidad: espacio, lugares y territorios ». Utopía y praxis latinoamericana, vol. 23, núm. Esp. 3. 92-102.
- FLATLEY, Jonathan. (2008) Affective Mapping. Melancholia and the Politics of Modernism. Cambridge, Massachussets. Harvard University Press.
- GARCÍA DAVÓ, Celia. (2022) «Recuerdos de una vida: autobiografía, exilio e identidad en *Memoria de la melancolía* de María Teresa León». Úrsula Núm. 6. 44-58.
- GONZÁLEZ NARANJO, Rocío. (2023) «Homenaje, melancolía y frustración en María Teresa León». Miguel Soler Gallo, M. y Teresa Fernández-Ulloa (eds.). Mujeres y memorias: escritura y testimonio sobre la España del siglo XX. Madrid. Liceus Ediciones. 127-144.
- KERN, Leslie. (2021) Ciudad feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres. Trad. Renata Prati. Barcelona. Bellaterra Edicions.
- LEÓN, María Teresa. (2021) Memoria de la melancolía. Sevilla. Renacimiento.
- MARÍN VILLORA, María Trinidad. (2012) Los espacios del exilio en la narrativa mexicana de Anna Seghers, Max Aub y Pere Calders. [Tesis de doctorado: Universitat de València]. Roderic. Repositorio Institucional de la Universitat de València.

- MARTÍNEZ ARRIZABALAGA, María Victoria. (2019) «*Memoria de la melancolía*. Relato y autobiografía en el doble exilio de María Teresa León». XI Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres. Comunicaciones. 501-512.
- MARTÍNEZ ARRIZABALAGA, María Victoria. (2021) «Pervivencia del recuerdo en el exilio: *Memoria de la melancolía* de María Teresa León». Revista de Lengua y Literatura N°39. 109-121.
- MASSEY, Doreen. (2001) Space, Place and Gender. Minnesota. University of Minnesota Press.
- MONFORTE GUTIEZ, Inmaculada. (2001) El yo femenino a través de la memoria: escritoras en el exilio. María Teresa González de Garay Fernández y Juan Aguilera Sastre (coords.) El exilio literario de 1939. Sesenta años después: actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre. 493-504.
- MUSCAR BENASAYAG, Eduardo F. y CEBRIÁN DE MIGUEL, Juan Antonio. (2002) «Estudio comparativo de la madrileña Avenida de Mayo y la porteña Gran Vía». Anales de Geografía de la Universidad Complutense. 367-376.
- ORTUÑO MARTÍNEZ, Bárbara. (2010) El exilio y la emigración española de posguerra en Buenos Aires, 1936-1956. [Tesis de doctorado: Universitat d'Alacant]. RUA. Repositorio Institucional de la Universidad de Alicante.
- PRADO, Benjamín. (2021) Por si alguien te pregunta qué es la vida. León, María Teresa. *Memoria de la melancolía*. Sevilla. Renacimiento.
- RICH, Adrienne. (2001) «Apuntes para una política de la posición». Sangre, pan y poesía. Prosa escogida: 1979-1985. Barcelona. Icaria.
- SAID, Edward. (2013) «Reflexiones sobre el exilio». *Reflexiones sobre el exilio y otros ensayos literarios y culturales*. Trad. Ricardo García. Edición Digital ePub Libre.
- SÁNCHEZ, Mariela (2019). «Memoria apátrida e intrusión narrativa. Imágenes de España en *Memoria de la melancolía* de María Teresa León y *Yo nunca te prometí la eternidad* de Tununa Mercado». Boletín de Literatura Comparada Año 44. 51-73.
- SOLNIT, Rebecca. (2021) Una guía sobre el arte de perderse. Trad. Clara Ministral. Buenos Aires. Fiordo.
- TALLY, Robert Jr. (2012) Spatiality. Milton Park. Taylor and Francis Group.
- TORRES NEBRERA, Gregorio. (1992) «María Teresa León: los espacios de la memoria». DRACO 3-4, 1991-1992. 349-384.

WILSON, Elizabeth. (1992) *The Sphinx in the City. Urban Life, the Control of Disorder, and Women.* Oakland. University of California Press.